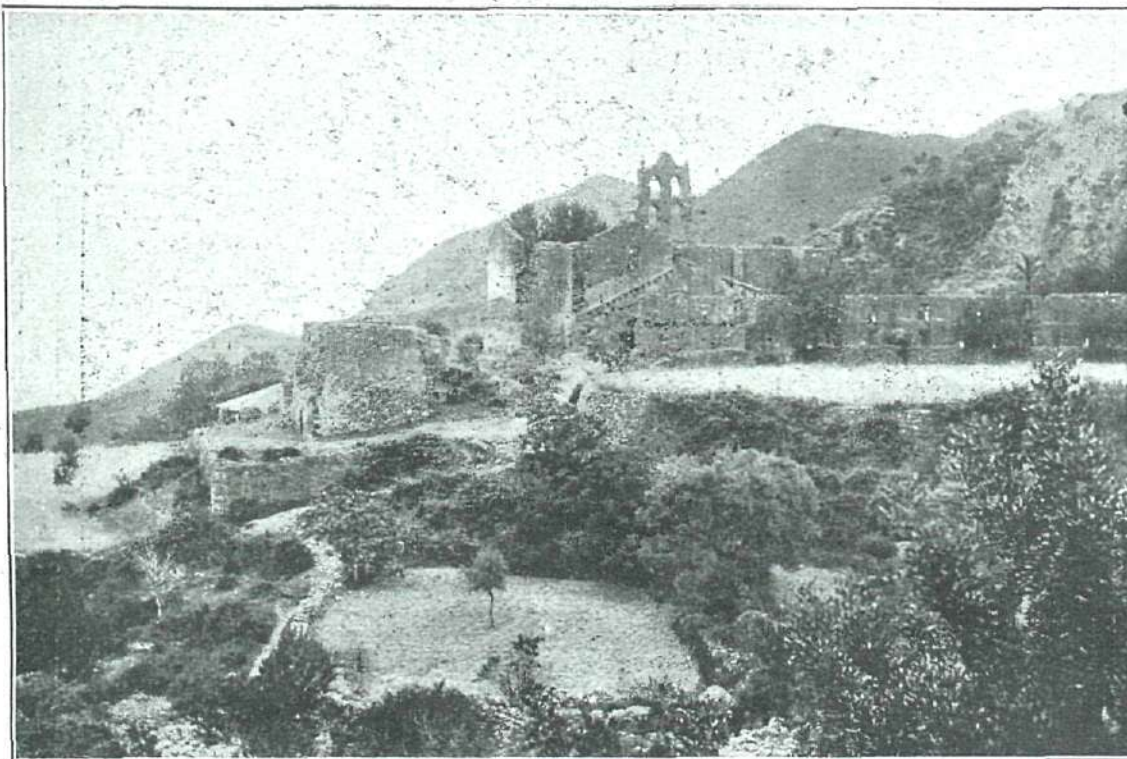
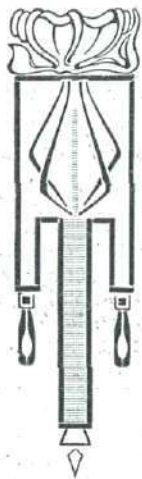




TIPOS MEXICANOS

Dibujo original de Roberto Montenegro

EL DESIERTO DE LAS PALMAS



Ruinas del Desierto de las Palmas

El Desierto de las Palmas es una atractiva soledad; es un seductor retiro del tropel vertiginoso de la vida social; es un descanso para el alma creyente y fatigada; es... la antecámara del cielo.

Subiendo por serpenteante y empinado camino, llegué á la arruinada portería del cenobio, contigua á la ermita del Carmen. Me encuentro en la cima de un monte, cubierto, como sus vecinos, de jóvenes pinares. El espectáculo que se presenta ante mi vista es, sencillamente, encantador. Gigantesco hemiciclo de elevados montes tapizados de verdura, abrigan en su centro un monasterio. Una pléyade de diseminadas ermitas, como puntos blancos, semejan bandadas de palomas que anidan por las alturas. A la derecha, el mar parece una muralla azul, que, además de servir de amplio espejo á las nubes, limita por el Sur el horizonte. Al extremo opuesto, la cumbre altísima del monte Bartolo se corona con la cruz monumental y otro ermitorio. El panorama es de un atractivo inexplicable, de un conjunto encantador; parece algo sobrenatural; es, en fin, el famoso Desierto de las Palmas.

Entremos.

¡Cuántos rincones ofrecen temas al artista! Fuentes cristalinas dan origen á juguetones arroyos que, saltando de roca en roca, bajan á los barrancos. Estos se engalanan con las floridas adelfas. El ambiente se perfuma con aromas de romero y de tomillo. Fantásticas rocas descuelgan sobre los bosques; y en ellos anidan los pájaros para cantar libremente sus amores.—¡Dichosos ellos!—El paisaje es espléndido, ofreciendo rica gama de colores á la luz brillante del astro-rey.

No llegan del mundo, ni aun los ecos. El silencio de esta soledad es majestuoso. Sólo lo interrumpe, á veces, el latir de una campana y la melancolía de unos cantos litúrgicos de invisible y apagado coro. Y fijo mis ojos en el convento y acudo al llamamiento de la campana.

Doble fila de centenarios cipreses, como gigantescos centinelas, guardan la entrada de la beatífica morada. A su sombra se cobija, á ambos lados, el nuevo calvario.

Pido albergue y dan posada al peregrino. Un claustro obscuro, silencioso y triston, se muestra interminable al avanzar hacia el aposento de mi alojamiento. Es un anochecer sombrío de una tarde sin sol. La pobre luz de un farol alumbrá, en el ángulo de la clausura, un crucifijo de grandes, pero toscas, proporciones. Ningún detalle de arte ameniza las pesadas dimensiones del austero caserón. Casi en tinieblas penetro en el templo. Por ser sábado, los religiosos cantan la Salve carmelitana, en el centro de la iglesia, con velas encendidas en sus manos, formando prolongado paralelogramo. Sus voces suenan tristes y desalentadas, como si al dirigir sus estrofas á la Madre del Amor, la temieran en vez de cantarla entusiasmados. Terminada la Salve, apagan las velas. se cubren los blancos capuchones, bajan el diapason y, rezando en voz apagada y grave, salen uno tras otro del obscuro templo, perdiéndose lentamente y á lo lejos el rumor de sus voces. La inquieta y débil luz de una lámpara de aceite asume toda la iluminación del solitario templo, agigantando, con sus sombras, las dimensiones del lugar y fantaseando los adornos de los muros con sus débiles destellos. Las imágenes de los altares casi producen el miedo de seres encantados, y el «tic-tac» de un arcaico reloj remeda el latido del corazón de ese templo monacal, solitario, silencioso y obscuro, restándonos, segundo tras segundo, nuestra vida mortal, hoy, mañana, continuamente, siempre. Huyó de la soledad.

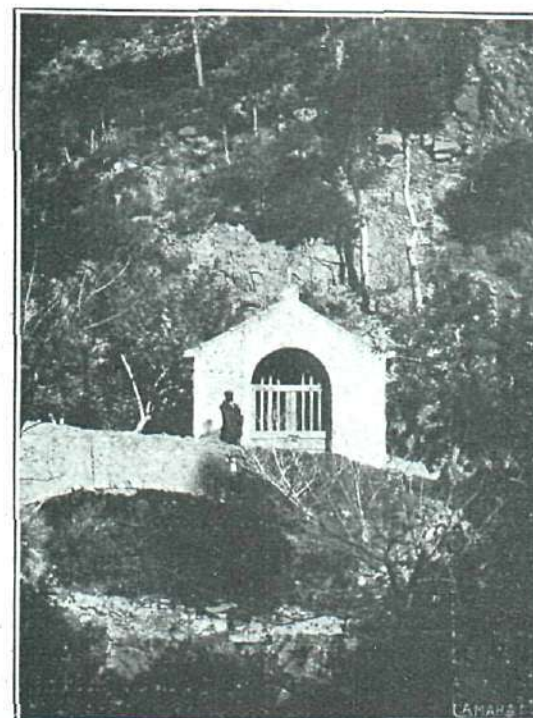
Las puertas del cenobio se cerraron al toque del *Angelus*. El cariñoso lego de la portería

me sirve frugal cena de vigilia, pues en el interior del convento prohíbe la regla comer carnes. Al toque de silencio me retiro á descansar á mi pobre aposento, que es destartado y frío, resultando, aun así, lo mejor del convento. El cansancio, la impresión y la incomodidad se confabulan para impedir que logre conciliar el sueño. A las puertas de mi celda oigo acercarse los pasos de un religioso que las rocía de agua bendita y dice: «—Hermano: piensa que has de morir y has de dar cuenta á Dios.» A media noche percibo el rezo de unos salmos, y luego, en el coro del templo, el canto de maitines, por la Comunidad. Más tarde, el chasquido de unas disciplinas. Aquella tumba viviente pesa sobre mi imaginación calenturienta. Salto del lecho, abro la ventana y un rayo de clarísima luna penetra, alegrando mi corazón, poetizando la estancia y despejando mi cabeza. Sentado en el quicio de la ventana me dispongo á esperar el ya próximo amanecer.

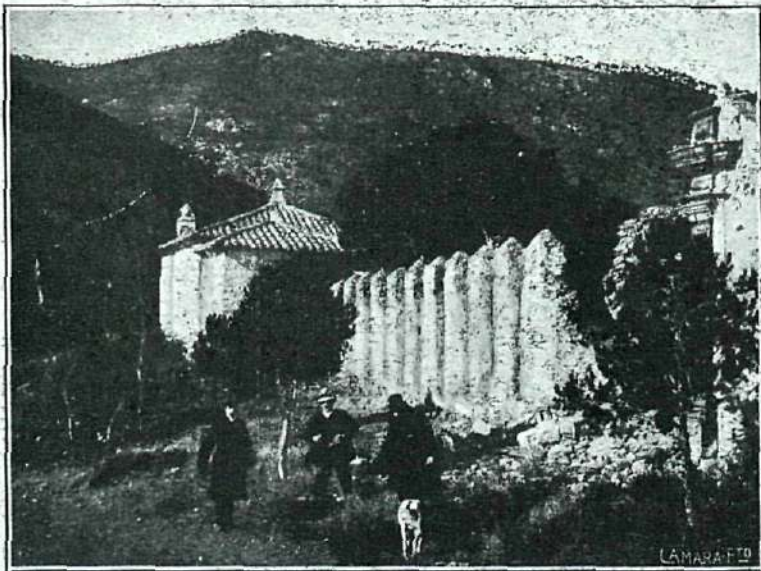
Aquel paisaje, inundado horas antes de luz y calor, se presenta ahora fantástico y lleno de melancolía, alumbrado por la luna. La brisa nocturna hace sisear dulcemente los pinares. Todo



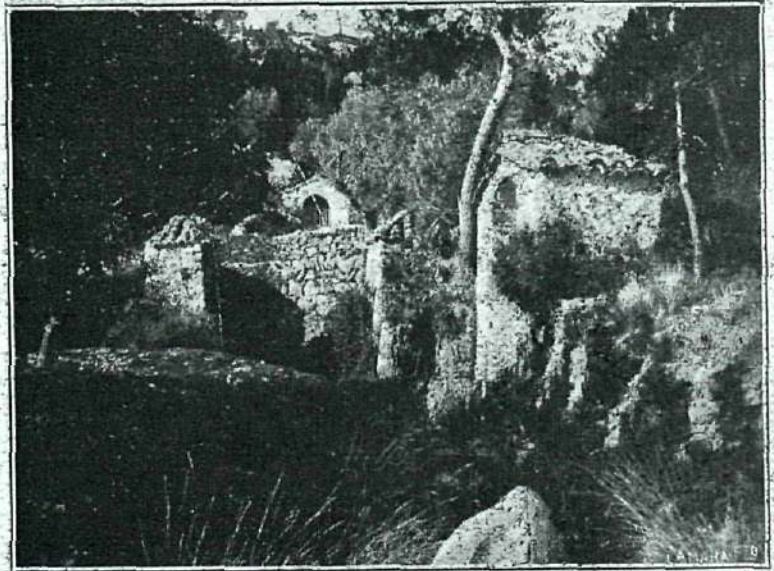
La Cruz monumental, á 780 metros de altura



Un pintoresco antro en el Desierto de las Palmas



La porteria antigua



Ruinas del primitivo calvario

invita á la meditaci3n. El calvario, el cementerio, los antros de los penitentes, las ermitas de los cenobitas, las cruces, todo por doquier hace pensar en ultratumba; pero no con miedo, no, sino con esperanza, con consuelo, con fe; casi casi con anhelo. Aqu3, el ateo piensa y duda, y el indiferente, cree.

Allá abajo, sobre la faja brumosa del Mediterráneo, una tenue claridad se esboza. Las nubes, lentamente, van tornasolando de grises en rojas; de rojas, en amarillas, y de gualdas, en brillante blancura. Los pajarillos pían en alegres revoloteos. El día y la noche riñen su cotidiana batalla sobre el mar, y ésta, vencida, retira hacia Poniente su estrellado manto.

Tocan á misa del alba.
¡Hermoso día de estival Septiembre! La Naturaleza hace alarde de grandiosidad con el espectáculo inenarrable de una fantástica salida del sol sobre el inmenso espejo del mar, contemplado desde 800 metros de altitud.

El turista, amante del alpinismo, sabe cuánto se goza visitando un lugar tan atrayente como el Desierto de las Palmas, el más bello rinc3n del litoral castellanense, pródigo en fuentes y bosques; antros, ruinas y ermitas; leyendas y tradiciones, etc.

Para apreciar, en conjunto, cuanto abarca el antiguo término del Desierto y á la par saborear el extenso panorama que domina la alta cumbre del Bartolo, es forzoso batir la empinada y tortuosa senda que, oculta entre los pinos, conduce á lo alto. La ascensi3n resulta fatigosa, pero compensa con creces el placer de contemplar los progresivos efectos de la subida. La muralla azul del Mediterráneo va creciendo siempre á la altura del observador y, al fin, dibuja en lontananza la borrosa silueta de las islas Columbretes, sobre las puntiagudas crestas de rodeno, llamadas las Agujas de Santa Agueda, antes tan áltimas y ahora humilladas en la hondonada. Por entre las pintorescas villas y el pueblo de Benicasim, el tren del Norte se arrastra como despreciable gusanillo. A la derecha contemplo ya, por cima del castillo de Montornés, las llanuras de la Plana, con las marjales, ricos naujales; pueblos y caseríos; Castell3n y su nuevo puerto... Pero no nos detengamos y continuemos la fatigosa ascensi3n hasta la cumbre. Antes de llegar á la encumbrada ermita solitaria de San Miguel, y desviando algo el camino, puede vi-

sitarse la rústica cheva donde vivi3 penitente el hermano Bartolomé, que, dando su nombre á este monte, fué el fundador de este Desierto carmelita á mediados del siglo xvi.

Con un último esfuerzo llego, al fin, á la cumbre y me descubro ante la gigantesca cruz monumental que domina todo este litoral é inmenso territorio. Mi adjunta fotografía dará mejor idea que mi pobre pluma de las colosales dimensiones del monumento. Se inauguró en 25 de Octubre de 1902, en conmemoraci3n del principio de este siglo xx, pregonando la piedad de las regiones vecinas, denominadas la Plana y el Maestrazgo. Su emplazamiento, á cerca de 800 metros de altitud, costó dos años de improbos trabajos de cimentaci3n, consumiendo respetables sumas.

El panorama que contemplo es tan variado como extenso. El día es claro, y sin auxilio de anteojos domino un amplio mapa desde más allá de Valencia hasta el límite de la provincia tarragonense, desde el Bajo Aragón hasta el alto mar. Pueblos á docenas, atados con los blancos hilos de las carreteras; las cuencas del Mijares y sus afluentes y las interminables sierras de Espadán, Peñagolosa y de Borriol.

El astro-rey camina hacia su ocaso y amenaza hundirse tras los montes. Emprendo el descenso por el camino de seis ú ocho kilómetros que me separa de la estaci3n de Benicasim. Cerca del camino aparecen, en una hondonada, las ruinas del primitivo monasterio. Yo no sé si fué un terremoto, como dicen, ó fueron los hombres de turbulentas marejadas políticas los autores de la devastaci3n; pero es lo cierto que

esos muros me inspiran veneraci3n y respeto. Son ruinas venerandas, tumba de no menos veneradas tradiciones; místicos muros que saludo con afecto, compadeciendo sus esfuerzos por seguir en pie. No podrán resistir las inclemencias del tiempo, que piedra tras piedra los irá desmoronando hasta arrasarlos.

Contemplando esas ruinas y meditando sobre lo que fueron, me sorprende la noche ensimismado, sentado al bordé de un precipicio.

La luna, como hostia santa y esplendorosa, con majestuosa lentitud se eleva sobre la espuma del Mediterráneo, reflejando, en su inquieto oleaje, mágicos destellos de plata y oro. A su luz, las ruinas adquieren ideales sombras imponentes.

Cual fantasma nocturno, dejo el camino y bajo á recorrer el solitario cenobio.

Colosal anfiteatro forma la cordillera semicircular que en el mar hundé sus dos extremos. Una alfombra de esmeraldas tapiza los montes de aromático pinar. A la entrada veo arruinado el clásico calvario. Junto al viejo portal3n del viejo convento, aparece en el suelo, roto, un azulejo que decía:

«Hermano, una de dos:
O callar, ó hablar de Dios,
que en el yerno de Teresa
el silencio se profesa.»

De los claustros, apenas vestigios quedan. La pequeña iglesia está sin techo, y borrosos restos recuerdan su rica ornamentaci3n corintia. La torre queda en pie, sirviendo de pedestal á los nidos de unas golondrinas que todos los años vienen á arrullarse en ella. Las campanas ya desaparecieron.

Todo son ruinas, silencio y soledad. La hiedra trepa libremente por los muros, que cubre de verde sudario, y sobre el suelo, desnudo de baldosas, crecen silvestres violetas.

Después de evocar un recuerdo al celebrado libro de Patchot, sigo mi camino. Al lanzar desde abajo mi última mirada á las ruinas del convento, las veo coronadas por la esbelta cruz del Desierto, que, como nimbo de luz, tiene por fondo la luna, esparciendo celestiales resplandores; y con sus brazos abiertos quiere dar al peregrino amoroso abrazo de despedida.

Carlos SARTHOU CARRERES
Valencia, 1918.

FOTS. DEL AUTOR



El calvario en el Desierto de las Palmas